

LA PROMESA

Marisa Barco



Capítulo 1

*Dicen que es verdad,
que se oye hablar
en las noches cuando hay luna en las murallas,
alguien habla Nadie quiere ir,
en la oscuridad,
todos dicen que de noche está la Alhambra
embruja da
por el moro de Granada Dicen que es verdad
que su alma está
encantada por perder un día a Granada
y que lloraba Cuando el sol se va
se le escucha hablar
paseando su amargura por la Alhambra
recordando
y llorando por Granada. Dicen que es verdad
que nunca se fue
condenado está a vivir siempre en la Alhambra
y a llorarla.*

(Fragmento del tema Llorando por Granada - Los puntos 1970)

Capítulo 2

Con un pie en el avión

Sentada en el borde de la cama prolijamente tendida, Isabel quiso hacer un último repaso de las cosas que llevaría; no quería olvidar algo que resultara irremplazable; una vez allá nada estaría tan a mano para poder regresar por ello y mucho menos podía darse el lujo de gastos extras. Uno por uno, fue pasando lista, en voz alta pero para sí, sobre los grupos de prendas que ella misma había clasificado a su antojo. Finalmente hurgó en el bolso de mano y se cercioró sólo de lo indispensable: DNI, pasaporte, anteojos de leer, billetera con cambio a mano, el voucher de viaje y, la foto.

Se recostó con miedo a quedar dormida, aunque al mismo tiempo estaba casi segura de que esa noche no sería fácil conciliar el sueño. Por las dudas solicitó al conserje del hotelito del barrio porteño de Balvanera que la despertara a las seis y cuarto, al tiempo que reforzó su despertar con la alarma del celular.

No soportaba la estridencia de los despertadores, más bien ningún tipo de ruido por encima de ciertos decibeles, por lo que una y otra vez, cada media hora, se ponía al resguardo del descanso de pantalla que marcaba la hora en letras exageradamente grandes; ella misma lo había configurado así para no tener que ubicar las gafas al tanteo en la oscuridad de la noche. Los años vividos la habían hecho bastante más sabia pero también comenzaban a pasarle facturas y la presbicia era una de las primeras que empezaba a pagar en pequeñas e interminables cuotas.

A las seis, ya no pudo más. Se levantó y no tuvo necesidad de cambiarse porque su propia ansiedad la había hecho acostar vestida, e intentando evitar el ring del teléfono, marcó el número de conserjería y le avisó al empleado que ya estaba despierta. Cepilló sus dientes, se lavó la cara, sujetó su cabello con un broche y con todo el equipaje listo bajó a la recepción a esperar el coche que la llevaría al aeropuerto. Le habían advertido que debía llegar con dos horas de antelación pero ella, fiel a su

exasperante estructuración, quiso anticiparse a cualquier imprevisto durante el trayecto. De última, si todo fuera de perlas, prefería aguardar en alguna cafetería de la misma terminal a que llegara el momento del embarque.

Nunca había viajado en avión; mucho menos a Europa. Sus ingresos no daban para ese tipo de placeres, pero ahora que tenía el tiempo que su vocación docente le había arrebatado y los ahorros de toda la vida a su disposición, se resolvía a cumplir la promesa que alguna vez se había hecho a sí misma: conocer la tierra de sus abuelos.

Ya acomodada en la sala de espera, revisó una y otra vez el trayecto que seguiría y que había planificado cuidadosamente, con "la debida" anticipación, como todas sus cosas. Primero recalaría en Madrid, acomodaría sus pertenencias y se dispondría a caminarla hasta donde pudiera durante tres días. El sábado se dirigiría a la estación de Atocha y tomaría el tren a Granada. Tenía muchas expectativas, le habían comentado que el paseo, de casi cinco horas sobre rieles, atravesaba por lugares alucinantes antes de llegar a la ciudad andaluza. Una vez ahí, contrataría una excursión a la famosa Alhambra.

Se repitió más de una vez que debía relajarse, aprender a dejarse llevar sin planificar; ser tan organizada no le dejaba lugar a la sorpresa. Y mientras llenaba sus pulmones como si estuviese en una clase de yoga, tocó su bolsillo derecho por enésima vez para corroborar que la tarjeta de embarque seguía estando ahí.

Capítulo 3

Europa huele familiar

Madrid, sábado 5 de octubre.

Tal lo planificado, Isabel había recorrido durante los primeros días una decena de lugares en la capital española, algunos famosos y otros ignotos para el turismo marketinero, pero no por eso privados de un encanto especial. Ya en Atocha se deleitaba viendo ir y venir a millones de personas que hablaban en toda clase de idiomas y con los nervios a flor de piel, por lo que le esperaba en Granada, recorría la sala de espera de la estación ferroviaria observando todo lo que sus ojos le permitían; la estructura en sí misma era todo un atractivo turístico.

Con una puntualidad que no le pasó inadvertida, a las tres de la tarde el altavoz anunció el final de su recorrido: la tierra que había visto nacer a sus dos abuelos. Granada me abre los brazos - pensó - y no se privó de fantasear con una vida propia en esa ciudad.

Apegada a su estilo, había contratado el hotel desde Internet para no tener que afrontar ningún imprevisto. El idioma ayudaba a que todo resultara más fácil, así que pidió un taxi y le indicó al chofer la dirección.

En el corto trajín no pudo dejar de observar la esplendorosa construcción medieval que se alzaba en uno de los puntos más elevados de la ciudad, la colina de la Sabika, según había leído y que se integraba armoniosamente a la modernidad de la ciudad. Residencia de monarcas de varias generaciones musulmanas, el antiguo Reino nazarí se había convertido en una de las mayores atracciones turísticas de España y ella estaba sólo a unos pocos metros.

Se sentía algo cansada, pero las vacaciones nunca son para descansar - caviló - sino todo lo contrario, así que ni bien acomodó sus cosas en la habitación, bajó al lobby para solicitar información sobre las actividades que podía desarrollar y cómo hacer para visitar la esplendorosa Alhambra. Sus informantes fueron cordiales aunque no se deshacían en atenciones. Isabel estaba acostumbrada a la amabilidad del turismo argentino, pero de todas formas había conseguido lo que necesitaba y se quedó conforme. Le recomendaron subir a pie; la distancia desde el centro no sobrepasaba los novecientos metros y de esa manera no se privaría de la majestuosidad de los espacios naturales y arquitectónicos de la travesía. Podía elegir entre varios horarios y se decidió por el de la mañana. A Isabel le encantaba caminar bajo los primeros rayos de sol y además este periplo tenía condimentos extras que, seguramente, la desbordarían de placer. El resto de la tarde lo dedicó a pasear por el centro de Granada.

Una fuerza que aún no comprendía la hacía virar a cada instante hacia la colina.

Capítulo 4

Paraíso terrenal

Era domingo. Afuera la esperaba una de las mayores aventuras de su vida. Casi no podía controlar la excitación que le provocaba todo aquello y la propia cercanía a las propias raíces. Se calzó la ropa deportiva, la mejor que tenía, ajustó los cordones de sus zapatillas y después de desayunar algo liviano, se dispuso a emprender el proyectado camino. A las ocho y treinta debía unirse al grupo en Plaza Nueva desde donde comenzaría el recorrido.

Ya en marcha y rodeada de una frondosa alameda, jardines, palacios y fortalezas, escuchaba atentamente las indicaciones y datos históricos que aportaba su guía, al tiempo que iba retratando con su cámara cada detalle. Qué suerte vivir en la era digital - se dijo para sí - de otra manera sería imposible cargar con tantos rollos fotográficos para captar semejante ciudadela - Aún así, tuvo la certeza de que era imposible llevarse la esencia del lugar con una sola visita; ni viviendo varias vidas podría llegar a comprender las tantas que habían transitado por ese lugar, incluida la de sus antepasados.

Tras poco más de cinco horas y después de haber atravesado varios salones y patios donde la matemática se daba el lujo de abandonar su comodidad de ciencia formal para convertirse en realidad tangible, el grupo emprendió el regreso a través de la Cuesta del Rey Chico. La historia referida a ese lugar le resultó tan conmovedora como su propia estructura. Desde el paseo de los Tristes, cruzando el río Darro, el sendero une La Alhambra con uno de los barrios más antiguos de la ciudad de Granada. Si bien es uno de los accesos al recinto palaciego, el grupo lo recorría en sentido contrario.

Isabel se negaba en su mente a abandonar el mágico sitio que acababa de abrirla y giró sobre sí para darle una última mirada. Su cámara encuadraba un sendero prolijamente empedrado, restaurado alrededor del 1900 y que contrastaba con el paisaje medieval. Después de una cerrada curva, en el fondo, aún se alcanzaba a divisar la torre de los Picos que,

rodeada de una abundante vegetación perenne y flanqueada por un par de álamos que le competían en altura, parecía dar la despedida a sus recientes visitantes. Los altos y rústicos paredones de color rojizo, sobre los cuales unas cuantas Santa Ritas ya sin flores desplegaban toda su frondosidad, encausaban el sendero bordeado de helechos y musgos hacia la moderna Granada. El sol del mediodía alcanzaba su máxima altura y le ofrecía la plenitud de su luz para que consiguiera una de las mejores tomas de su travesía.

Instalada nuevamente en el hotel, llena de información y de historia, Isabel se detuvo en su última fotografía y se permitió cerrar los ojos e imaginar al pobre musulmán de la leyenda, ese que, ayudado por la madre, había logrado escapar de la fortaleza y de los designios asesinos de su propio padre, atravesando el mismo camino que ella había transitado hacía tan sólo unos instantes. Boabdil, el moro, habiéndose refugiado más de cinco siglos antes en el mismo barrio donde ahora ella se alojaba, se había convertido en fuente de inspiración de poetas y cantores.

"Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre", recordó haber escuchado decir alguna vez a su abuela y entonces Isabel comprendió muchas cosas, su círculo se cerraba; entendió el porqué del llanto del último príncipe musulmán, que era el mismo que el de sus abuelos. Aquellas lágrimas tenían el mismo origen. El de haberse vistos forzados a abandonar un paraíso en la Tierra.

FIN